



Diócesis de Texcoco

Pastoral de Multitudes

¡Ven Espíritu Santo! Espíritu de unidad y diversidad



Pentecostés 2019

Elaboración:
Equipo Diocesano de Pastoral de Multitudes
Departamento de Publicaciones

Corrección y Estilo:
Comisión Diocesana de Pastoral de la Comunicación.

© Diócesis de Texcoco A. R.
Junio 2019. Ediciones Texcoco

Índice

Introducción	4
Objetivo	5
Materiales	5
Ambientación	5
Entronización de la Palabra	6
Tema 1 El Espíritu Santo fuente de la unidad	6
Tema 2 El Espíritu Santo fuente de la diversidad	11
Conclusión general...	16
Anexos:	
a) Cantos al Espíritu Santo	17
b) Gafetes	18
Bibliografía	18

¡Ven Espíritu Santo! Espíritu de unidad y diversidad

Introducción

Pentecostés es una fiesta de la Iglesia universal, mediante la cual se conmemora la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, cincuenta días después de la Resurrección de Jesucristo (Hch 2, 1-5).

El Espíritu Santo es la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, es decir, habiendo un sólo Dios, existen en Él tres personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esta verdad ha sido revelada por Jesús en su Evangelio, esto se evidencia en el pasaje del bautismo de Jesús en el Jordán (Mt 3, 16-17). Se presenta bajo la forma de varios símbolos: el agua, la unción, el fuego, la nube, la luz y la paloma.

Es Dios, uno e igual al Padre y al Hijo; procede del Padre (Jn 15, 26), que es principio sin principio y origen de toda la vida trinitaria; procede también del Hijo, por el don eterno que el Padre hace al Hijo. El Espíritu Santo, enviado por el Padre y por el Hijo encarnado, guía a la Iglesia hasta el conocimiento de la verdad plena (Jn 16, 13) (*Catecismo de la Iglesia Católica # 243-248*).

Con Pentecostés, el Espíritu es dado a todos. Después de los Apóstoles, los cristianos son llamados a proclamar a Cristo y su palabra, recibéndolo por medio del bautismo y la confirmación.

El Espíritu Santo en el Plan Diocesano de Pastoral tiene toda la fuerza dinamizadora, es quien guía e impulsa a alcanzar el ideal querido. Si le permitimos que Él sea quien guíe nuestra vida, podremos hacer un camino personal de conversión y renovación permanente que se verá reflejado en la comunidad.

Objetivo

Los agentes de pastoral y fieles de la comunidad reconocen y dejan actuar al Espíritu Santo, artífice de unidad y diversidad, siendo dócil a sus inspiraciones en la velada de Pentecostés y posteriormente en sus familias a fin de tener comunidades con experiencias de reconciliación y fraternidad en las situaciones ordinarias de cada día.

Materiales a preparar

- Imágenes y pergaminos para ambientar el templo.
- Gafetes, seguros, plumones o bolígrafos.
- Flores, cirios o veladoras, mesa o atril con mantel para colocar la Sagrada Escritura.
- Media hoja con las dos preguntas para la reflexión de equipos del tema 1 "El Espíritu Santo fuente de la unidad".
- Varios rompecabezas según el número de equipos integrados para la dinámica del tema 2 "El Espíritu Santo fuente de la diversidad".
- Hoja de cantos.

Ambientación del Templo

Se sugiere ambientar con algunas llamas de fuego, una paloma grande y 7 pergaminos que contengan los dones del Espíritu Santo:

1. Sabiduría: es la capacidad especial para juzgar las cosas humanas según la medida de Dios, a la luz de Dios.
2. Entendimiento: nos ayuda a comprender la Palabra de Dios y a profundizar las verdades que Él nos enseña.
3. Fortaleza: nos hace obrar valerosamente lo que Dios quiere de nosotros, y ayuda a sobrellevar las dificultades de la vida.
4. Temor de Dios: significa tener un espíritu maduro, consciente de la culpa y del peso de nuestro pecado, pero confiado en Su Misericordia.
5. Piedad: sana nuestro corazón de todo tipo de dureza y lo abre a la ternura con Dios y con los hermanos.
6. Ciencia: con el podemos conocer el verdadero valor de la creación en su relación con el Creador.
7. Consejo: actúa como un soplo nuevo en la conciencia, ayudándonos a ver lo que es bueno, lo que nos hace felices, lo que nos conviene más.

Entronización de la Palabra

Desarrollo:

1. Se prepara un lugar adecuado con mantel y flores para colocar la Palabra a la Vista de todos.
2. Se da lectura al saludo para recibir la Palabra.
3. Desde la entrada del templo una persona avanza con la Biblia en alto.
4. Dos personas le acompañan con dos veladoras o cirios.
5. Se entona un canto al Espíritu Santo (anexo b).
6. Se presenta la Palabra a la vista de todos y se recibe con un fuerte aplauso.
7. Una vez recibida la Palabra, se coloca en el lugar preparado junto con las veladoras o cirios.

Saludo.

Monitor: estamos aquí reunidos en la víspera de la fiesta de Pentecostés en torno a la Palabra de Dios, ella es *antorcha para nuestros pasos y luz en el camino* hacia la meta diocesana. De la mano de la Palabra buscamos transformar la realidad que nos duele e interpela; que esta Palabra habite en nosotros y que con Ella llevemos amor, paz y justicia a nuestra propia familia y a todas las familias de los sectores. Recibámosla cantando.

Tema 1

El Espíritu Santo fuente de la unidad

Desarrollo:

1. Se da lectura a los textos de 1 Cor 12,12-30 y Ef 4, 15-16.
2. Se ilumina con el mensaje de Juan Pablo II, dado durante la Audiencia General: "El Espíritu Santo, fuente de la unidad de la Iglesia", con fecha del 5 de diciembre de 1990.
3. Se reflexionan dos preguntas por equipos.
4. Se efectúa un plenario.
5. Se retroalimenta, de manera breve, las respuestas presentadas.
6. Se realiza un momento de animación con cantos.

Lectura de textos bíblicos.

1ª Carta a los Corintios 12, 12-27.

"Las partes del cuerpo son muchas, pero el cuerpo es uno; por muchas que sean las partes, todas forman un solo cuerpo. Así también Cristo. Hemos sido bautizados en el único Espíritu para que formáramos un solo cuerpo, ya fuéramos judíos o griegos, esclavos o libres. Y todos hemos bebido del único Espíritu. Un solo miembro no basta para formar un cuerpo, sino que hacen falta muchos. Supongan que diga el pie: «No soy mano y por lo tanto yo no soy del cuerpo.» No por eso deja de ser parte del cuerpo. O también que la oreja diga: «Ya que no soy ojo, no soy del cuerpo.» Tampoco por eso deja de ser parte del cuerpo. Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿cómo podríamos oír? Y si todo el cuerpo fuera oído, ¿cómo podríamos oler? Dios ha dispuesto los diversos miembros, colocando cada uno en el cuerpo como ha querido. Si todos fueran el mismo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Pero hay muchos miembros, y un solo cuerpo. El ojo no puede decir a la mano: No te necesito. Ni tampoco la cabeza decir a los pies: No los necesito. Aún más, las partes del cuerpo que parecen ser más débiles son las más necesarias, y a las que son menos honorables las tratamos con mayor respeto; cubrimos con más cuidado las que son menos presentables, mientras que otras, más nobles, no lo necesitan. Dios, al organizar el cuerpo, tuvo más atenciones por lo que era último, para que no se dividiera el cuerpo; todas sus partes han de tener la misma preocupación unas por otras. Si un miembro sufre, todos sufren con él; y si un miembro recibe honores, todos se alegran con él. Ustedes son el cuerpo de Cristo y cada uno en su lugar es parte de él."

Carta a los Efesios 4, 3-4.

Mantengan entre ustedes lazos de paz y permanezcan unidos en el mismo espíritu. Un solo cuerpo y un mismo espíritu, pues ustedes han sido llamados a una misma vocación y una misma esperanza."

Iluminación:

Mensaje de Juan Pablo II, dado durante la Audiencia General del 5 de diciembre de 1990: "El Espíritu Santo, fuente de la unidad de la Iglesia"

1. Si el Espíritu Santo es el alma de la Iglesia, según la tradición cristiana fundada en la enseñanza de Cristo y de los Apóstoles (...), debemos añadir de inmediato que san Pablo, al establecer su analogía de la Iglesia con el cuerpo humano, quiere subrayar que «en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo (...) Y todos hemos bebido de un solo Espíritu» (1 Co 12, 13). Si la Iglesia es como un cuerpo, y el Espíritu Santo es como su alma, es decir, el principio de su vida divina; si el Espíritu, por otra parte, dio comienzo, el día de Pentecostés, a la Iglesia al venir sobre la primitiva comunidad de Jerusalén (cf. Hch 1, 13), él ha de ser, desde aquel

día y para todas las generaciones nuevas que se insertan en la Iglesia, el principio y la fuente de la unidad, como lo es el alma en el cuerpo humano.

2. Digamos enseguida que, según los textos del evangelio y de san Pablo, se trata de la unidad en la multiplicidad. Lo expresa claramente el Apóstol en la primera carta a los Corintios: «Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante, su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo» (1 Co 12, 12).

Puesta esta premisa de orden ontológico sobre la unidad del Corpus Christi, se explica la exhortación que hallamos en la carta a los Efesios: «Poned empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz» (Ef 4, 3). Como se puede ver, no se trata de una unidad mecánica, y ni siquiera sólo orgánica (como la de todo ser viviente), sino de una unidad espiritual que exige un compromiso ético. En efecto, según san Pablo, la paz es fruto de la reconciliación mediante la cruz de Cristo, «pues por él, unos y otros tenemos libre acceso al Padre en un mismo Espíritu» (Ef 2, 18). «Unos y otros»: es una expresión que en este texto se refiere a los convertidos del judaísmo y del paganismo, cuya reconciliación con Dios, que de todos hace un solo pueblo, un solo cuerpo, en un solo Espíritu, el Apóstol sostiene y describe ampliamente (cf. Ef 2, 11-18). Pero eso vale para todos los pueblos, las naciones, las culturas, de donde provienen los que creen en Cristo. De todos se puede repetir con san Pablo lo que se lee a continuación en el texto: «Así, pues, ya no sois extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo la piedra angular Cristo mismo, en quien toda edificación bien trabada se eleva hasta formar un templo santo en el Señor, en quien también vosotros (convertidos del paganismo) estáis siendo juntamente edificados (con los demás, que proceden del judaísmo), hasta ser morada de Dios en el Espíritu» (Ef 2, 19-22).

3. «En quien toda edificación crece». Existe, por tanto, un dinamismo en la unidad de la Iglesia, que tiende a la participación cada vez más plena de la unidad trinitaria de Dios mismo. La unidad de comunión eclesial es una semejanza de la comunión trinitaria, cumbre de altura infinita, a la que se ha de mirar siempre. Es el saludo y el deseo que en la liturgia renovada tras el Concilio se dirige a los fieles al comienzo de la misa, con las mismas palabras de Pablo: «La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros» (2 Co 13, 13). Esas palabras encierran la verdad de la unidad en el Espíritu Santo como unidad de la Iglesia, que san Agustín comentaba así: «La comunión de la unidad de la Iglesia (...) es casi una obra propia del Espíritu Santo con la participación del Padre y del Hijo, pues el Espíritu mismo es en cierto modo la comunión del Padre y del Hijo (...). El Padre y el Hijo poseen en común el Espíritu Santo, porque es el Espíritu de ambos» (Salmo 71, 20. 33: PL 38, 463-464).

4. Este concepto de la unidad trinitaria en el Espíritu Santo, como fuente de la unidad de la Iglesia en forma de «comunidad», como repite con frecuencia el Concilio Vaticano II, es un elemento esencial en la eclesiología. Citemos aquí las palabras conclusivas del número 4 de la constitución *Lumen gentium*, dedicado al Espíritu santificador de la Iglesia, en donde se recoge un famoso texto de san Cipriano de Cartago (*De Orat Dominica*, 23: PL 4, 536): «Así la Iglesia universal se presenta como 'un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo'» (*Lumen gentium*, 4; cf. 9; *Gaudium et spes*, 24; *Unitatis redintegratio*, 2).

5. Es preciso destacar que la «comunidad» eclesial se manifiesta en la prontitud y en la constancia de la permanencia en la unidad, según la recomendación de san Pablo que hemos escuchado, independientemente de la múltiple pluralidad y diferencia entre personas, grupos étnicos, naciones y culturas. El Espíritu Santo, fuente de esta unidad, enseña la recíproca comprensión e indulgencia (o al menos la tolerancia), mostrando a todos la riqueza espiritual de cada uno; enseña la mutua concesión de los respectivos dones espirituales, cuyo fin es unir a los hombres, y no dividirlos entre sí. Como dice el Apóstol: «Un solo cuerpo, y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo» (Ef 4, 4-5). En el plano espiritual y ético, pero con profundos reflejos en el psicológico y en el social, la fuerza que une es sobre todo el amor compartido y practicado según el mandamiento de Cristo: «Amados los unos a los otros, como yo os he amado» (Jn 13, 34; 15, 12). Según san Pablo, este amor es el don supremo del Espíritu Santo (cf. 1 Co 13, 13).

6. Por desgracia, esta unidad del Espíritu Santo y en el Espíritu Santo, que es propia del Cuerpo de Cristo, es obstaculizada por el pecado. Así, ha sucedido que, al paso de los siglos, los cristianos han sufrido no pocas divisiones, algunas de ellas muy grandes y estabilizadas. Esas divisiones se explican —pero no se justifican— por la debilidad y las limitaciones propias de la naturaleza humana herida, como permanece y se manifiesta también en los miembros de la Iglesia y en sus mismos pastores. Pero, de igual forma, debemos proclamar nuestra convicción, fundada en una certeza de fe y en la experiencia de la historia, de que el Espíritu Santo trabaja incansablemente en la edificación de la unidad y de la comunidad, a pesar de la debilidad humana. Es la convicción expresada por el Concilio Vaticano II en el decreto *Unitatis redintegratio* sobre el ecumenismo, cuando reconoce que «hoy, en muchas partes del mundo, por inspiración del Espíritu Santo, se hacen muchos esfuerzos con la oración, la palabra y la acción para llegar a aquella plenitud de unidad que Jesucristo quiere» (n. 4). *Unum corpus, unus Spiritus*. El tender sinceramente a esta unidad en el cuerpo de Cristo deriva del Espíritu Santo y sólo por obra suya puede llevar a la plena realización del ideal de la unidad.

7. Pero en la Iglesia el Espíritu Santo, además de la unidad de los cristianos, realiza la apertura universal hacia toda la familia humana, y es fuente de la comunidad universal. En el plano religioso, de esta fuente excelsa y profunda brota la actividad misionera de la Iglesia, desde los tiempos de los Apóstoles

hasta nuestros días. La tradición de los Padres nos muestra que, ya desde los primeros siglos, la misión se llevó a cabo con atención y comprensión hacia aquellas «semillas del Verbo» (Semina Verbi) contenidas en las diversas culturas y religiones no cristianas, a las que el último Concilio ha dedicado un documento (Nostra aetate: cf. de manera especial el n. 2, en relación con los Padres antiguos, entre los que está san Justino, II Apología, 10. Cf. Ad gentes, 15; Gaudium et spes, 22). Y eso es así porque el Espíritu que «sopla donde quiere» (cf. Jn 3, 8) es fuente de inspiración para todo lo que es verdadero, bueno y bello, según la magnífica afirmación de un autor desconocido de los tiempos del Papa Dámaso (366-384), que afirma: «Toda verdad, sea quien sea el que la haya enunciado, viene del Espíritu Santo» (cf. PL 191, 1651). Santo Tomás, a quien gusta repetir con frecuencia en sus obras ese hermoso texto, lo comenta así en la Suma: «Cualquier verdad, sea quien sea el que la haya enunciado, viene del Espíritu Santo que infunde la luz natural (de la inteligencia) y mueve a entender y a expresar la verdad». Además, el Espíritu —prosigue el Aquinate— interviene con el don de la gracia, añadido al de la naturaleza, cuando se trata de «conocer y expresar ciertas verdades, y especialmente las verdades de fe, a las que se refiere el Apóstol cuando afirma que “nadie puede decir ‘¡Jesús es Señor!’ sino con el Espíritu Santo” (1 Co 12, 3)» (I-II, q. 109, a. 1, ad 1). Discernir y hacer surgir en toda su riqueza verdades y valores presentes en el tejido de las culturas es una tarea fundamental de la acción misionera, alimentada en la Iglesia por el Espíritu de Verdad, que como Amor lleva al conocimiento más perfecto en la caridad.

8. Es el Espíritu Santo quien se derrama a sí mismo en la Iglesia como Amor, energía salvífica, que tiende a alcanzar a todos los hombres y a toda la creación. Esta energía de amor acaba venciendo las resistencias, aunque, como sabemos por la experiencia y por la historia, debe luchar continuamente contra el pecado y contra todo lo que en el ser humano es contrario al amor, es decir, el egoísmo, el odio, la emulación envidiosa y destructiva. Pero el Apóstol nos asegura que «el amor edifica» (1 Co 8, 1). También dependerá del amor la construcción de la unidad siempre nueva y siempre antigua.

Preguntas para reflexionar en equipos.

1. ¿Qué actitudes, contrarias al amor, estorban la acción del Espíritu Santo para que el cuerpo de Cristo se articule de forma funcional y sana en nuestra comunidad?
2. ¿Qué actitudes de amor compartido y practicado, nos unen en mi familia y en la comunidad? Elige alguna o menciona algunas que aquí no aparezcan:
 - a) Tolerancia.
 - b) Respeto.
 - c) Ceder.
 - d) Comprensión.
 - e) Aceptación.
 - f) Ayuda desinteresada.

Tema 2

El Espíritu Santo fuente de la diversidad

Desarrollo:

1. Se da lectura al texto: 1ª Carta a los Corintios 12, 1-11.
2. Se ilumina con el mensaje de Juan Pablo II, dado durante la Audiencia General: "El Espíritu Santo fuente de los dones espirituales y de los carismas en la Iglesia", con fecha del 27 de febrero de 1991.
3. Se organizan equipos de trabajo para armar un rompecabezas (se disponen tantos rompecabezas como número de equipos se hayan integrado)
4. Se efectúa un plenario para compartir la experiencia de los equipos.
5. Se retroalimenta y se da la conclusión general.
6. Se realiza un momento de animación con cantos.

Lectura de textos bíblicos.

1ª Carta a los Corintios 12, 1-11.

"Ahora, hermanos, les recordaré lo siguiente respecto a los dones espirituales. Cuando aún eran paganos, perdían el control de sí mismos al ser llevados a sus ídolos sin voz ni vida. Ahora les digo que ninguno puede gritar: «¡Maldito sea Jesús!» si el espíritu es de Dios; y nadie puede decir: «¡Jesús es el Señor!», sino con un espíritu santo. Hay diferentes dones espirituales, pero el Espíritu es el mismo. Hay diversos ministerios, pero el Señor es el mismo. Hay diversidad de obras, pero es el mismo Dios quien obra todo en todos. La manifestación del Espíritu que a cada uno se le da es para provecho común. A uno se le da, por el Espíritu, palabra de sabiduría; a otro, palabra de conocimiento según el mismo Espíritu; a otro, el don de la fe, por el Espíritu; a otro, el don de hacer curaciones, por el único Espíritu; a otro, poder de hacer milagros; a otro, profecía; a otro, reconocimiento de lo que viene del bueno o del mal espíritu; a otro, hablar en lenguas; a otro, interpretar lo que se dijo en lenguas. Y todo esto es obra del mismo y único Espíritu, que da a cada uno como quiere."

Iluminación:

Mensaje de Juan Pablo II, dado durante la Audiencia General del 27 de febrero de 1991: "El Espíritu Santo, fuente de los dones espirituales y de los carismas en la Iglesia".

1. (...) Leemos en la constitución Lumen gentium: «El Espíritu Santo habita en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en un templo (cf. 1 Co 3, 16; 6,

19), y con ellos ora y da testimonio de su adopción como hijos (cf. Ga 4, 6; Rm 15-16 y 26). Guía a la Iglesia a toda la verdad (cf. Jn 16, 13), la unifica en comunión y ministerio, la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos (cf. Ef 4, 11-12; 1 Co 12, 4)» (n. 4).

(...) Quiero abordar ahora, siguiendo la línea del Concilio, el tema de los dones espirituales y de los carismas que Él otorga a la Iglesia como Dador munerum, Dador de los dones, según la invocación de la Secuencia de Pentecostés.

2. También aquí podemos recurrir a las cartas de san Pablo para exponer la doctrina de modo sintético, tal como lo exige la índole de la catequesis. Leemos en la primera carta a los Corintios: «Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios que obra todo en todos» (12, 4-6). La relación establecida en estos versículos entre la diversidad de carismas, de ministerios y de operaciones, nos sugiere que el Espíritu Santo es el Dador de una multiforme riqueza de dones, que acompaña los ministerios y la vida de fe, de caridad, de comunión y de colaboración fraterna de los fieles, como resulta patente en la historia de los Apóstoles y de las primeras comunidades cristianas.

San Pablo hace hincapié en la multiplicidad de los dones: «A uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, carismas de curaciones, en el único Espíritu; a otro, fe en el mismo Espíritu; a otro, poder de milagros, a otro, profecía; a otro, diversidad de lenguas» (1 Co 12, 8-10). Es preciso resaltar aquí que la enumeración del Apóstol no reviste un carácter limitativo. Pablo señala los dones particularmente significativos en la Iglesia de entonces, dones que tampoco han dejado de manifestarse en épocas sucesivas, pero sin agotar, ni en sus comienzos ni después, el horizonte de nuevos carismas que el Espíritu Santo puede conceder, de acuerdo con las nuevas necesidades. Puesto que «a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común» (1 Co 12, 7), cuando surgen nuevas exigencias y nuevos problemas en la «comunidad», la historia de la Iglesia nos confirma la presencia de nuevos dones.

3. Cualquiera que sea la naturaleza de los dones, y aunque den la impresión de servir principalmente a la persona que ha sido beneficiada con ellos (...), todos convergen de alguna manera hacia el servicio común, sirven para edificar a un Cuerpo: «Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo... Y todos hemos bebido de un solo Espíritu» (1 Co 12, 13). De ahí la recomendación de Pablo a los Corintios: «Ya que aspiráis a los dones espirituales, procurad abundar en ellos para la edificación de la asamblea» (1 Co 14, 12). En el mismo contexto se sitúa la exhortación «aspirad... a la profecía» (1 Co 14, 1), más «útil» para la comunidad que el don de lenguas. «Pues el que habla en lengua no habla a los hombres sino a Dios. En efecto, nadie lo entiende: dice en espíritu cosas misteriosas. Por el contrario, el que profetiza, habla a los hombres para su edificación, exhortación y consolación..., edifica a toda la asamblea» (1 Co 14, 2-3).

Evidentemente Pablo prefiere los carismas de la edificación, podríamos decir, del apostolado. Pero, por encima de todos los dones, recomienda el que más sirve para el bien común: «Buscad la caridad» (1 Co 14, 1). La caridad fraterna, enraizada en el amor a Dios, es el «camino perfecto», que Pablo se siente instado a indicar y que exalta con un himno, no sólo de elevado lirismo, sino también de sublime espiritualidad (cf. 1 Co 13, 1-3).

4. El Concilio Vaticano II, en la constitución dogmática sobre la Iglesia, recoge la enseñanza paulina acerca de los dones espirituales y, en especial, de los carismas, precisando que «estos carismas, tanto los extraordinarios como los más comunes y difundidos, deben ser recibidos con gratitud y consuelo, porque son muy adecuados y útiles a las necesidades de la Iglesia. Los dones extraordinarios no deben pedirse temerariamente ni hay que esperar de ellos con presunción los frutos del trabajo apostólico. Y, además, el juicio de la autenticidad de su ejercicio razonable, pertenece a quienes tienen la autoridad en la Iglesia, a los cuales compete ante todo no sofocar el Espíritu, sino probarlo todo y retener lo que es bueno (cf. 1 Ts 5, 12 y 19, 21)» (Lumen gentium, 12). Este texto de sabiduría pastoral se coloca en la línea de las recomendaciones y normas que, como ya hemos visto, san Pablo daba a los corintios con el propósito de ayudarlos a valorar correctamente los carismas y discernir los verdaderos dones del Espíritu (...).

5. (...) Es importante para todos que «cada cual ponga al servicio de los demás la gracia que ha recibido» (1 P 4, 10). De la abundancia y de la variedad de los dones brota la comunión de la Iglesia, una y universal en la variedad de los pueblos, las tradiciones, las vocaciones y las experiencias espirituales.

La acción del Espíritu Santo se manifiesta y actúa en la multiplicidad y en la riqueza de los carismas que acompañan a los ministerios; y éstos se ejercen de diversas formas y medidas, en respuesta a las necesidades de los tiempos y de los lugares; por ejemplo, en la ayuda prestada a los pobres, a los enfermos, a los necesitados, a los minusválidos y a los que están «impedidos» de un modo u otro. También se ejercen, en una esfera más elevada, mediante el consejo, la dirección espiritual, la pacificación entre los contendientes, la conversión de los pecadores, la atracción hacia la palabra de Dios, la eficacia de la predicación y la palabra escrita, la educación a la fe, el fervor por el bien, etc. Se trata de un abanico muy grande de carismas, por medio de los cuales el Espíritu Santo infunde en la Iglesia su caridad y su santidad, en analogía con la economía general de la creación, en la que, como nota santo Tomás, el único Ser de Dios hace partícipes a las cosas de su perfección infinita (cf. Summa Theologiae, II-II, q. 183, a. 2).

6. (...) Hay, pues, un carisma de Pedro, hay carismas de los obispos, de los presbíteros y de los diáconos; hay un carisma concedido a quien está llamado a ocupar un cargo eclesiástico, un ministerio. Se trata de descubrir, reconocer y aceptar estos carismas, pero sin presunción alguna.

Por esta razón el Apóstol escribe a los Corintios: «En cuanto a los dones espirituales, no quiero, hermanos, que estéis en la ignorancia» (1 Co 12, 1). Pablo empieza precisamente en este punto su enseñanza sobre los carismas; indica una línea de conducta para los convertidos de Corinto quienes, cuando aún eran paganos, se dejaban «arrastrar ciegamente hacia los ídolos mudos» (manifestaciones anómalas que debían rechazar). «Por eso os hago saber que nadie, hablando con el Espíritu de Dios, puede decir: «¡Jesús es Señor!» (1 Co 12, 3). Esta verdad, junto con la de la Trinidad, es fundamental para la fe cristiana. La profesión de fe en esta verdad es un don del Espíritu Santo, y esto es mucho más que un mero acto de conocimiento humano. En este acto de fe, que está y debe estar en los labios y en el corazón de todos los verdaderos creyentes, «se manifiesta» el Espíritu Santo (cf. 1 Co 12, 7). Es la primera y más elemental realización de lo que decía Jesús en la última Cena: «El (Espíritu Santo) me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros» (Jn 16, 14).

Dinámica para trabajar en grupos

Fotocopia cualquiera de las dos imágenes siguientes y elaborara los rompecabezas necesarios para el número de grupos que se formarán.



Recuperado de: <http://radiogalilea.com.ar/wp-content/uploads/2017/06/Somos-el-cuerpo-de-Cristo-Final.jpg>

Formamos un solo cuerpo



y Cristo es la cabeza

Recuperado de: <https://www.pinterest.com.mx/pin/445012006925264333/>

Conclusión general

En la comunidad, existe diversidad de dones los dones son infundidos por Dios; el alma no podría adquirir los dones por sus propias fuerzas ya que trascienden todo el orden puramente natural. Los dones los poseen en alguna medida todas las almas en gracia (Is 11, 1-3). Es incompatible con el pecado mortal.

Los dones del Espíritu Santo son regalos que recibimos de Dios para poder cumplir su voluntad:

- Sabiduría: es la capacidad especial para juzgar las cosas humanas según la medida de Dios, a la luz de Dios.
- Entendimiento: nos ayuda a comprender la Palabra de Dios y a profundizar las verdades que Él nos enseña.
- Fortaleza: nos hace obrar valerosamente lo que Dios quiere de nosotros, y ayuda a sobrellevar las dificultades de la vida.
- Temor de Dios: significa tener un espíritu maduro, consciente de la culpa y del peso de nuestro pecado, pero confiado en Su Misericordia.
- Piedad: sana nuestro corazón de todo tipo de dureza y lo abre a la ternura con Dios y con los hermanos.
- Ciencia: con el podemos conocer el verdadero valor de la creación en su relación con el Creador.
- Consejo: actúa como un sople nuevo en la conciencia, ayudándonos a ver lo que es bueno, lo que nos hace felices, lo que nos conviene más.

Cada persona debe descubrir sus dones y ponerlos al servicio de la comunidad para que estos sean carismas y la comunidad debe estar abierta a recibirlo.

¡Para poder tener estos dones en nuestra vida, debemos pedirlos!

Anexos

a) Cantos al Espíritu Santo

Ven, ven, ven Espíritu divino

Ven, ven, ven Espíritu divino
Ven, ven, ven acércate a mi (2).

Apodérate, apodérate, apodérate de todo mi ser (2).
Aquí se siente la presencia de Dios (2).
Siento el fuego del Espíritu Santo (2).
Siento gozo, siento paz, siento el amor que mi Dios me da (2).

Aquí se siente la presencia de Dios,
aquí yo siento la presencia de Dios.

Espíritu Santo, ven, ven

Espíritu Santo, ven, ven (3)
en el nombre del Señor.

Acompáñame, ilumíname, toma mi vida.
Acompáñame, ilumíname, ¡Espíritu Santo, ven!

Santifícame, transfórmame, Tú cada día.
Santifícame, transfórmame, ¡Espíritu Santo, ven!

Resucítame, conviérteme, todos los días.
Glorifícame, renuévame, ¡Espíritu Santo, ven!

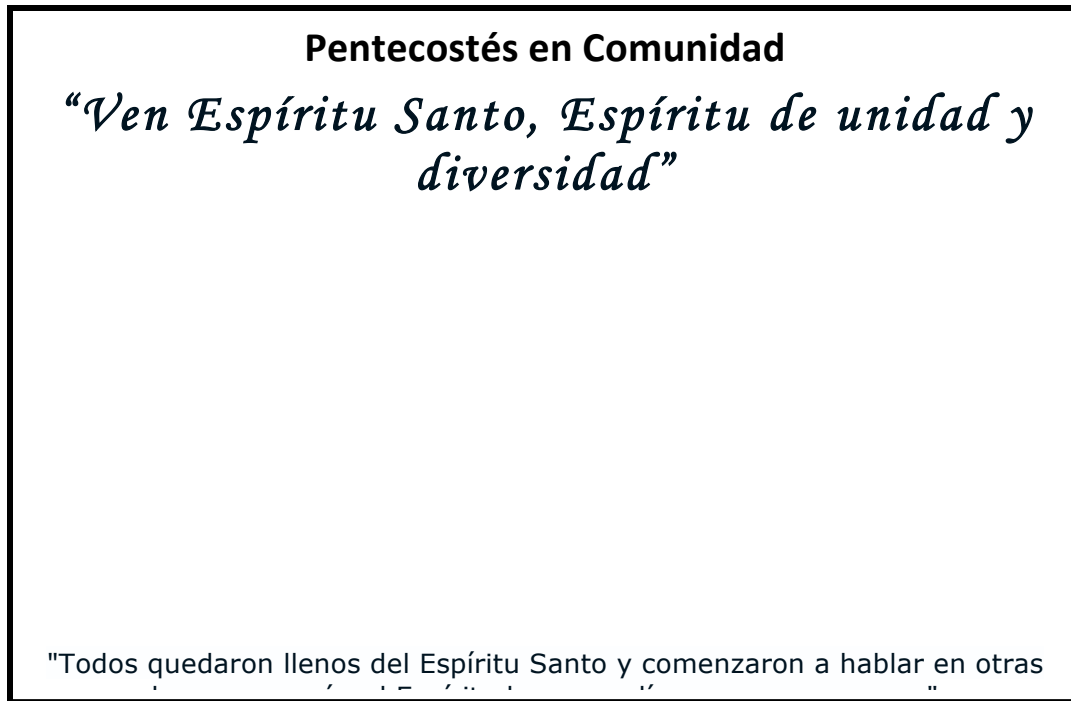
Acompáñame, transfórmame, toma mi vida.
Ilumíname, condúceme, ¡Espíritu Santo, ven!

Espíritu de Dios llena mi vida

Espíritu de Dios llena mi vida,
llena mi alma, llena mi ser

Lléname, lléname con tu presencia
lléname, lléname con tu poder,
lléname, lléname con tu bondad.

b) Gafetes



Bibliografía

- Juan Pablo II. (5 de diciembre 1990) Audiencia General. El Espíritu Santo, fuente de la unidad de la Iglesia. https://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1990/documents/hf_jp-ii_aud_19901205.pdf
- Juan Pablo II. (27 de febrero de 1991) Audiencia General. El Espíritu Santo, fuente de los dones espirituales y de los carismas en la Iglesia. https://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1991/documents/hf_jp-ii_aud_19910227.html
- Restrepo Luisa. (22 de mayo 2015). 7 situaciones concretas en las que te vendría bien pedir los dones del Espíritu Santo. <https://catholic-link.com/7-situaciones-en-las-que-te-vendrian-bien-los-dones-del-espiritu-santo/>
- Urones Jesús. La Trinidad: un Dios verdadero, tres personas. <http://www.catolicosfirmesensufe.org/la-trinidad-un-dios-verdadero-tres-personas-cristo-es-dios-el-espiritu-santo-es-dios-a-la-luz-de-las-escrituras>
- Aleteia. (7 de junio 2014). 50 días después de la Pascua se celebra el envío del Espíritu Santo sobre los apóstoles. <https://es.aleteia.org/2014/06/07/que-es-pentecostes/>
- Catecismo de la Iglesia Católica # 243-248